

Así fue... El marqués de Esquilache, Ministro de Hacienda

Enrique Ossorio Crespo

Leopoldo de Gregorio, el futuro Marqués de Esquilache, nació en el seno de una humilde familia siciliana. Inició su carrera profesional como contable de una empresa comercial, pero su gran inteligencia le llevaría a ser Administrador General de las Aduanas y, después, Ministro de Hacienda del Reino de Nápoles en el año 1753.

Allí fue donde conoció al futuro Rey Carlos III de España. En este punto debemos recordar que nuestro país había recuperado, mediante varias campañas militares contra Austria, una parte de las posesiones italianas que había perdido en la Guerra de Sucesión. Uno de esos territorios fue el reino de Nápoles, en cuyo trono fue colocado en el año 1734 el Príncipe Carlos, hijo de Felipe V e Isabel de Farnesio.

Veinticinco años más tarde murió Fernando VI sin haber tenido hijos. Por este motivo, la sucesión de la Monarquía hispana recayó en Carlos, su hermano, que renunció al trono de Nápoles y se convirtió en Rey de España. Para afrontar el gobierno de las nuevas posesiones fue acompañado por un grupo de sus más brillantes colaboradores italianos, con el Marqués de Esquilache a la cabeza.

Este ocupó el Despacho de Hacienda desde 1759 hasta 1766. A lo largo de ese período puso en marcha un importante conjunto de reformas para modernizar y humanizar nuestra Administración. Así, creó la Junta del Catastro, los montepíos de viudas y huérfanos y las loterías, regulando las importaciones y desarrollando una política económica liberalizadora.

Por lo que se refiere a sus actuaciones en Madrid, la Capital le debe el establecimiento del alcantarillado, el alum-



brado de las calles, la vigilancia nocturna, la limpieza y la construcción de numerosos edificios y monumentos.

A pesar de toda esta labor, el Ministro Esquilache era detestado por la nobleza, el clero y el pueblo. Esta unanimidad de los estamentos sociales en el rechazo del favorito real venía dada por su condición de extranjero, por las reformas que emprendió y por el poder que llegó a acumular, al ostentar las carteras de Hacienda, Guerra y Justicia.

El apoyo de Carlos III hacia su persona finalizó en 1766 como consecuencia del célebre "motín de Esquilache". Si bien la causa de esta revuelta popular fue el ham-

bre provocada por las malas cosechas, su detonante fue un bando que prohibía el uso de las tradicionales capas largas y los sombreros redondos. Esta regulación de la vestimenta masculina tenía por objeto mejorar la seguridad ciudadana, erradicando la impunidad que esas prendas ofrecían a los criminales a la hora de ocultar armas o ser reconocidos.

Su aplicación ejecutiva, mediante sastres y alguaciles que cortaban en plena calle los ropajes inadecuados, desató el odio popular, acumulado durante años contra el favorito, provocando un motín en Madrid que se alargó entre los días 23 y 27 de marzo. En el curso del mismo, los amotinados llegaron a saquear la casa del Ministro de Hacienda y a derrotar a la Guardia Real en las proximidades del Palacio de Oriente.

Con objeto de apaciguar los ánimos, Carlos III anunció el cese del Marqués de Esquilache y su inmediato destierro, desde un balcón de su residencia. Sin embargo, el monarca nunca abandonó por completo a su antiguo colaborador, puesto que seis años más tarde le nombró embajador en Venecia, ciudad en la que falleció el 15 de octubre de 1785. □